

La situación actual y las perspectivas de la investigación-acción participativa en el mundo

M. Anisur Rahman y Orlando Fals Borda*

PUNTOS DE PARTIDA

Hace casi veinte años se hicieron en varios países del Tercer Mundo las primeras tentativas de lo que hoy se llama investigación-acción participativa (IAP)¹

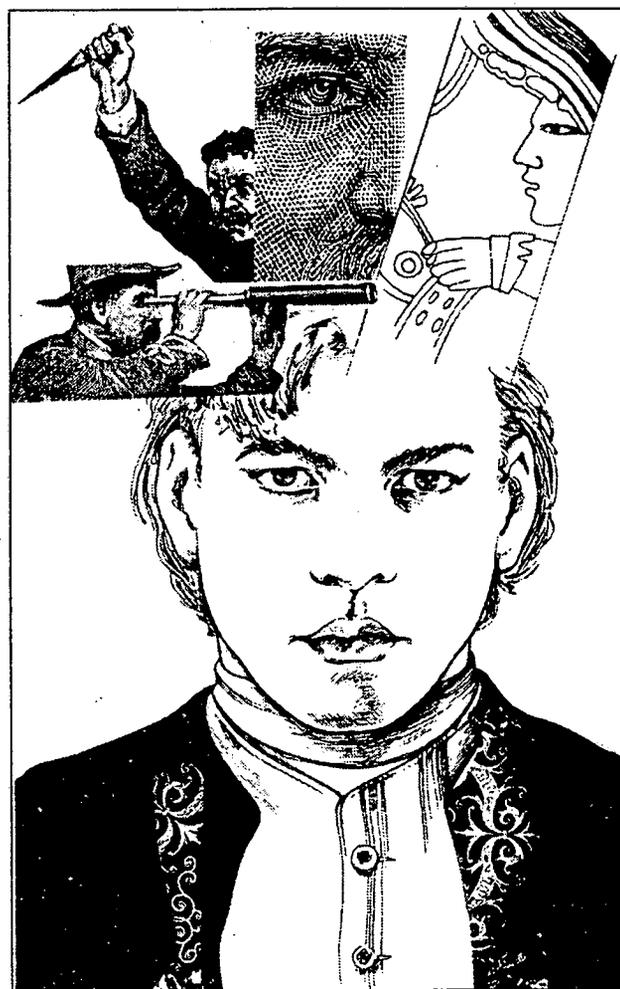
Quienes tuvimos, en los primeros años de los setenta, el privilegio de tomar parte de esta vivencia cultural, política y científica tratamos de actuar ante la situación tétrica de nuestras sociedades, la excesiva especialización y vacuidad de la vida académica, y las prácticas sectarias y verticales de un gran sector de la izquierda revolucionaria. Pensamos, que eran necesarias y urgentes las transformaciones radicales en la sociedad y en el uso de los conocimientos científicos, los cuales, por lo general, se habían quedado en la época newtoniana. Para empezar, nos decidimos a buscar soluciones dedicándonos al estudio activo de la situación de la gente que ha sido la víctima principal de los sistemas dominantes y de las llamadas «políticas de desarrollo», es decir, las comunidades pobres en áreas rurales.

INVESTIGACIÓN MILITANTE

Hasta el año 1977, aproximadamente, nuestro trabajo inicial se caracterizó por la tendencia activista y un tanto antiprofesional (abandonando, algunos, nuestros cargos universitarios); de ahí la importancia dada a técnicas innovadoras de investigación en el terreno, tales como la

«intervención social» y la «investigación militante» que contemplaban una organización de partido político. Además, aplicamos la «concientización» de Paulo Freire, como también el «compromiso» y la inserción en el proceso social. Encontramos inspiración en el marxismo talmúdico que por entonces estaba en boga. Nuestra disposición de ánimo y nuestras lealtades se oponían en forma decidida a las instituciones establecidas —gobiernos, partidos políticos tradicionales, iglesias, la universidad anquilosada—, de tal modo que se pueden considerar aquellos años como la fase iconoclasta de nuestros trabajos. No obstante, asomaron ciertas constantes que habían de acompañarnos a lo largo de los períodos subsiguientes hasta hoy, entre ellas están el énfasis en puntos de vista holísticos (integrados) y en métodos cualitativos de análisis.

El activismo y el dogmatismo de ese primer período fueron reemplazados por la reflexión, sin que perdiéramos nuestro impulso en el trabajo de campo. Esta búsqueda del equilibrio se evidenció de manera notable en el Simposio Mundial sobre Investigación-Acción celebrado en Cartagena, Colombia, en abril de 1977, con el auspicio de Organizaciones de la Sociedad Civil (OSC) colombianas² y algunas entidades nacionales e internacionales. Además de a Marx, se destacó en ese encuentro, lo mismo que en posteriores ocasiones similares, a Gramsci



como importante guía teórico.

De Gramsci tomamos, entre otros elementos, su categoría del «intelectual orgánico», por la cual aprendimos a reinterpretar la teoría leninista de la vanguardia. Comprendimos que para que los agentes externos se incorporasen en una vanguardia orgánica deberían establecer con el pueblo una relación horizontal —una relación verdaderamente dialógica sin presunción de «conciencia avanzada»—, involucrarse en las luchas populares y estar dispuestos a modificar las propias concepciones ideológicas mediante una interacción con esas luchas; además, tales líderes orgánicos deberían estar dispuestos a rendir cuentas a los grupos de base en todas las formas genuinamente democráticas y participativas.

PARTICIPACIÓN, DEMOCRACIA Y PLURALISMO

No es nuevo, claro está, el interés en una participación social, política y económica como elemento de democracia. Ya Adam Smith en su definición de «equidad» hablaba de la «participación en el sentido de compartir el producto del trabajo social». Esta definición, suplida luego por ideas de P. J. Proudhon y J. S. Mill y por ensayos escritos por Tolstoy y el príncipe Kropotkin, nos permite ver las crasas deficiencias ideológicas de los teóricos liberales, las de las burocracias internacionales de guantes profilácticos, y las de los despóticos hombres de estado contemporáneos que se atreven a designar sus movilizaciones y políticas represivas como «participativas». Pero nosotros no podíamos contentarnos con proponer solamente una participación equitativa en el producto social, si el poder original básico para crear ese producto —es decir, ejercer la iniciativa— no fuera compartido también en forma equitativa, todo lo cual imponía la necesidad lógica de definir cada vez qué se quería decir con el concepto central de participación y con sus elementos concomitantes y en cuáles contextos.

Por consiguiente, en este período de autorreflexión descubrimos la necesidad de la transparencia en nuestras exposiciones y en nuestros actos. Insistimos en ella en toda proposición teórica sobre participación, democracia y pluralismo. Estas tesis orientaron nuestras labores posteriores. Empezamos a comprender que la IAP no era tan sólo una metodología de investigación con el fin de desarrollar modelos simétricos, sujeto/sujeto, y contraopresivos de la vida social, económica y política, sino también una expresión del activismo social. Llevaba implícito un compromiso ideológico para contribuir a la praxis (colectiva) del pueblo. Resultó ésta ser también, desde luego, la praxis de los propios activistas (los investigadores de la IAP), toda vez que la vida de cada persona es, de manera formal o informal, una suerte de praxis. Pero el apoyo a los colectivos populares y a su praxis sistemática llegó a ser, como lo es todavía, un objetivo principal de la IAP, hasta el punto de proponernos crear una orientación interdisciplinaria denominada «praxiología», o sea, «la ciencia de la praxis» (O'Connor 1987: 13).

El traducir tales ideas a la práctica y viceversa llegó a ser la tarea de varios colegas en muchas partes del mundo: el grupo Bhoomi Sena, de la India; los ya fallecidos Andrew Pearce y Anton de Schutter; Gustavo Esteva, Rodolfo Stavenhagen, Lourdes Arizpe, Luis Lópezzlera, en México; Vandana Shiva, Walter Fernandes, Rajesh Tandon, S. D. Sheth, Dutta Savle, en la India; S. Tilakhatna y P. Wignaraja, en Sri Lanka; Yash Tandon, en Uganda; Kemal Mustafa, en Tanzania; Marja Liisa Swantz, en Finlandia; Guy Le-Boerf, en Nicaragua y Francia; Tom de Wit, Vera Gianotten, en Perú; Joao Bosco Pinto, Joao Francisco de Souza, Carlos Rodríguez Brandao, Hugo Lovisoló, en Brasil; Gustavo de Roux, Alvaro Velasco, John Jairo Cárdenas, Ernesto Parra y León Zamosc, en Colombia; Harold Swedner y Anders Rudqvist, en Suecia; Xavier Albó y Silvia Rivera, en Bolivia; Heinz Moser y Helmut Ornauer, en

Alemania y Austria; Budd Hall, en Canadá; Sithembiso Nyoni, en Zimbabwe; Mary Racelis, en Filipinas; John Gaventa, Manuel Rozental, D. G. Thompson, en América del Norte; Jan de Vries y Thord Erasmie, en Holanda; Francisco Vío Grossi y Marcela Gajardo, en Chile; Ricardo Cetrulo, en Uruguay; Isabel Hernández, en Argentina; Paul Oquist, Carlos Núñez, Raúl Leis, Oscar Jara y Malena de Montis, en Centroamérica; y muchos otros (véanse bibliografías en Fals Borda, 1987 y 1988). Algunas instituciones como la Oficina Internacional del Trabajo, el Instituto de las Naciones Unidas de Investigaciones para el Desarrollo Social, el Consejo Internacional de Educación de Adultos y la Sociedad de Desarrollo Internacional, hicieron contribuciones a nuestro movimiento.

En 1982 hubo una primera presentación formal de nuestro tema en los círculos académicos durante el Décimo Congreso Mundial de Sociología en la ciudad de México (Rahman, 1985). A consecuencia de ello y de la etapa reflexiva anterior, así como del impacto de los procesos de la vida real, la IAP logró establecer hasta cierto punto su identidad y avanzó más allá, desde las restringidas cuestiones comunitarias, campesinas y locales hasta los más amplios complejos problemas urbanos, económicos y regionales. De especial interés resultaron las esperanzas y perspectivas de los movimientos sociales y políticos independientes (muy rara vez nos relacionamos con partidos políticos establecidos), que esperaban de nosotros apoyo teórico y sistemático.

INTERCAMBIO DE CONOCIMIENTOS

Los investigadores de la IAP nos pusimos entonces a emplear el método comparativo (Nicaragua, México, Colombia: Fals Borda, 1988) y a extender nuestra atención a campos como la medicina, la economía «descalza», la planificación, la historia, la teología de la liberación, la filosofía, la antropología, la sociología y el

trabajo social, agudizando esta atención a veces con discusiones tangenciales. Se comprendió mejor el sentido del conocimiento como poder; sentimos la necesidad de intercambiar información en talleres y seminarios; y descubrimos la necesidad de preparar un nuevo tipo de activistas sociales. Se ensayó la coordinación internacional entre nosotros en varios lugares (Santiago de Chile, México, Nueva Delhi, Colombo, Dar es Salaam, Roma), y se puso en operación un Grupo Internacional de Iniciativas de Base (IGGRI), en 1986. Hubo en años recientes una pausada clarificación de ideas y procedimientos, inclusive una discusión epistemológica sobre vínculos y fines.

Este fue, por lo mismo, un período de expansión. La IAP dio más pruebas de madurez intelectual y práctica, a medida que llegaban noticias de trabajo en el terreno y se acumulaban publicaciones en varios idiomas sobre realizaciones incuestionables en el recobro de fincas rurales (de modo sangriento muchas veces, por desgracia); en las formas de atender la salud pública, combinadas con la medicina popular; en la educación crítica más allá de la concientización, en el control de la tecnología adoptada entre los campesinos; en el estímulo de la liberación femenina; en el apoyo popular, a la música de protesta, a actividades constructivas de la juventud, a cooperativas de pescadores, a comunidades cristianas de base, etc.

Este trabajo, naturalmente, resultó tentador como alternativa para aquellas organizaciones de la sociedad civil y otras agencias que venían, desde hacía décadas, haciendo «proyectos de desarrollo» paralelos, especialmente en desarrollo comunitario, cooperativismo, educación vocacional y de adultos y extensión agrícola, pero sin resultados convincentes. Así fue como las miradas, antes escépticas y desdeñosas, se dirigieron cada vez más a las experiencias de la IAP. Aumentaron las críticas a las ideologías de la «modernización» y el «desarrollo» (Escobar, 1987). Se generalizó una mayor comprensión y se abrió camino

para los movimientos favorables a una posible cooptación de parte del estado así como para una convergencia con los colegas que, comprendiendo nuestros postulados, hubieran tomado puntos de salida diferentes. A medida que nuestro enfoque fue adquiriendo respetabilidad, muchos funcionarios e investigadores empezaron a entender que practicaban la IAP, cuando en verdad hacían cosas distintas. Esto fue para nosotros un reto que nos incitó a puntualizar todavía más los conceptos, de modo que no hubiera confusión. Además, quisimos construir defensas contra la cooptación.

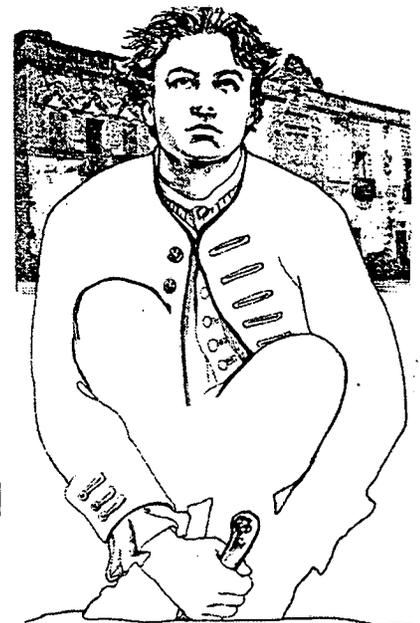
Es importante tener muy en cuenta el hecho de que este proceso de cooptación está ahora bien desarrollado y que también una convergencia teórica y metodológica con la IAP haya avanzado, si bien algunas veces sin una completa comprensión de la fusión de conceptos y procedimientos (véase más adelante). Estos signos tienen para la IAP múltiples consecuencias, de las cuales debemos ser muy conscientes quienes a ella nos dedicamos. Dejemos por el momento de pensar que hemos ganado una justificada victoria sobre los sistemas dominantes de pensamiento y de política y reconozcamos, más bien, que en esto hay peligros para la supervivencia de los ideales originales de la IAP. Claro que estos signos llevan también a modificar nuestra visión de la IAP al colocarla en una perspectiva histórica más amplia y mirar más allá de sus actuales contornos.

UNA FILOSOFÍA DE LA VIDA

Esperamos que las últimas contribuciones sirvan para examinar constructivamente estas tendencias, de modo que podamos avanzar hacia el futuro con el ánimo de reforzar nuestro propósito original y reavivar nuestras primeras decisiones críticas. No debemos arrepentirnos de nuestra etapa iconoclasta original³. Y conviene, en este momento de desafío, que recordemos tanto nosotros como los demás, que se adopta una decisión u opción existencial

más bien permanente cuando uno decide vivir y trabajar con la IAP. Nuestro propósito no ha sido ni es el fabricar un producto terminado, hacer un fácil anteproyecto totalmente definido o proponer una panacea. Recordemos que la IAP, a la vez que hace hincapié en una rigurosa búsqueda de conocimientos, es un proceso abierto de vida y de trabajo, una vivencia, una progresiva evolución hacia una transformación total y estructural de la sociedad y de la cultura con objetivos sucesivos y parcialmente coincidentes. Es un proceso que requiere un compromiso, una postura ética y persistencia en todos los niveles. En fin, es una filosofía de la vida en la misma medida en que es un método.

Esta opción o decisión filosófica, ética y metodológica es una tarea permanente y debe entenderse y hacerse más general. Un investigador-activista comprometido no va a desear, ni ahora ni en el futuro, ayudar a las élites y clases oligárquicas que han acumulado poder y conocimiento con un irresponsable espíritu de corta visión y craso egoísmo. Ellas mismas saben que han administrado mal ese conocimiento y poder, que podrían haber favorecido a la sociedad, a la cultura y a la naturaleza, puesto que han preferido inventar e impulsar estructuras explotadoras y opresivas. Por tanto, obviamente, una tarea principal para la IAP, ahora en el futuro, es aumentar no sólo el poder de la gente común y corriente



y de las clases subordinadas, debidamente ilustradas, sino también su control sobre el proceso de producción de conocimientos, así como el almacenamiento y uso de ellos. Todo con el fin de romper y/o transformar el actual monopolio de la ciencia y la cultura detentado por los grupos elitistas opresores (Rahman, 1985: 119, cf. Hall, 1978).

COOPTACIÓN Y CONVERGENCIA

Es posible vislumbrar con claridad los síntomas de cooptación con la IAP. Así, por ejemplo, muchas universidades (varias en Europa y en Norteamérica) ofrecen ahora seminarios y talleres como sustitutos de los cursos tradicionales de «ciencia aplicada» en los que se presenta, erróneamente a nuestro juicio, una separación entre la teoría y la práctica. Varios colegas han retornado a la carrera académica, incluso uno de los coautores. Prestigiosos periódicos profesionales han publicado artículos pertinentes (cf. Fals Borda, 1987, en *International Sociology*; Rahman, 1987, en *Evaluation Studies*, de peritos en psicología aplicada que descubren de esta manera la «naturaleza intrínsecamente conservadora de la 'actual' evaluación de programas»). Los congresos mundiales más recientes en sociología, sociología rural, antropología, trabajo social y americanistas han incluido discusiones y foros sobre la

IAP, con extraordinaria concurrencia. Muchos gobiernos han nombrado investigadores formados en la IAP y han permitido alguna experimentación interna al respecto. Las agencias de la Organización de Naciones Unidas han reconocido a la IAP como alternativa viable, aunque ésta es un desafío a sus ya tradicionales prácticas de «donaciones», «entregas de recursos» y «expertos técnicos». Y muchas Organizaciones de la Sociedad Civil (OSC) están buscando apoyar, a través de la IAP, los modos más decisivos de acción de los grupos con el fin de superar el paternalismo que fomenta una sumisa dependencia y se constituye en estorbo para el trabajo de todos. Estas entidades han hecho frente al reto adoptando conceptos modulares, tales como «orientación participativa» o empleando adjetivos como «integrado», «sostenible» o «autosuficiente» para describir lo que ahora llaman «desarrollo participativo».

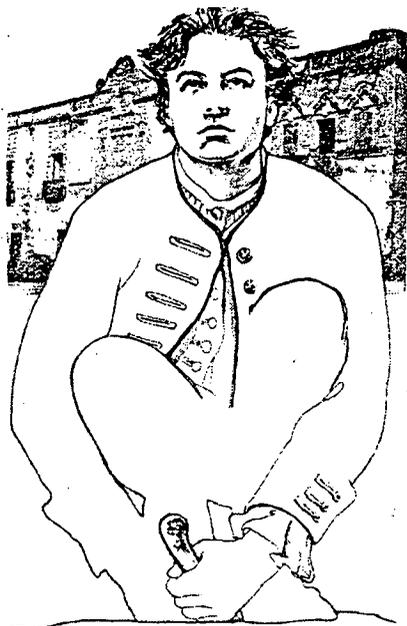
Desde luego, no todo lo que estas instituciones llaman «participativo» es todavía auténtico según nuestra definición ontológica, y por esta causa se ha producido mucha confusión. Por consiguiente, la filosofía particular de la IAP siempre debe ser recalcada para contrarrestar tan erróneas asimilaciones. Así, la opinión de las comunidades reales involucradas en la acción, consideradas como «grupos de referencia», debería ser definitiva para comparar resultados y realizar evaluaciones en forma independiente de los criterios estadísticos como la consistencia interna. Y ya que la utilización de la IAP a gran escala, y sobre los principios que abren paso al poder popular, suscita, muchas veces represión por parte de los intereses creados y de los gobiernos, ésta puede también suministrar razones prácticas e ideológicas para organizar la autodefensa de las comunidades y la contravolencia por la justicia. Son éstos también criterios valorativos igualmente válidos. En situaciones tan conflictivas, la prudencia, las coaliciones y el diálogo con las instituciones pueden dar buenos resultados, si se actúa dentro de los márgenes de tole-

rancia de ellas al ejercer el implícito «derecho a la subversión moral». Los practicantes de la IAP pueden, de este modo, efectuar una contrapenetración de las instituciones establecidas y poner en práctica la cooperación al revés.

OTRAS ESCUELAS CONVERGENTES CON LA IAP

Existen casos de convergencia intelectual de diversas escuelas hacia la IAP que merecen ser mencionados. Entre ellos está la escuela de educación crítica que ha venido desarrollando nuevas teorías, tales como las de Iván Illich y Paulo Freire, muchas veces con expresiones sociales importantes (p.ej., «Aprendizaje global», en Canadá). Otro caso de convergencia intelectual es el examen de experiencia de base emprendido por economistas a fin de «adelantar colectivamente» (Hirschman 1984; Max-Neef, 1986), y otro, la incorporación de principios de participación en la planificación socioeconómica. Los antropólogos han revisado ciertos aspectos de la vida agrícola y acudido a una «antropología social de apoyo» (Colombes, 1982; Hernández, 1987). Algunos historiadores han reivindicado las «versiones populares» de los acontecimientos y tomado en cuenta a los pueblos sin historia. Los etnólogos se están acercando a las culturas nativas y locales con un esquema de referencia participativo, llegando así más allá de Sol Tax, C. Levi-Strauss y D. Lewis (Stavenhagen, 1986; Bonfil Batalla, 1981).

Asimismo, los sociólogos rurales están reavivando la orientación a la problemática social en su disciplina como fue a principios del decenio de 1920, y de esta manera se ha producido un acercamiento a la IAP. Por eso se están valorando aportes de investigadores veteranos como R. T. Batten («procedimiento no direccional»), Irwin Sanders («exploración social») y Harold Kaufman («procedimiento basado en la acción») (Fear y Schwarzweller, 1985: XI-XXXVI). «La validez político-económica es tan importante como





la validez científica: es éste un principio heterodoxo recomendado ahora para aplicar la 'investigación-acción al desarrollo comunitario' (Littrell, 1985). Este adelanto cualitativo y participativo en la sociología rural contemporánea ha resultado útil para el estudio de sistemas agrícolas, los síndromes de pobreza/hambre, el control del ambiente y el manejo de la producción agrícola, vistos como una «sociología de la agricultura» más comprensiva; en tanto que otros hablan de «agricultura alternativa», de tecnologías alternativas» y aun de una «sociedad alternativa».

La escuela psicosocial de Kurt Lewin, quien fue el primero en presentar en Estados Unidos el concepto de «investigación-acción» en el decenio de 1940, está en trance evolutivo hacia esta convergencia. Si bien el trabajo de Lewin, en general, expresaba preocupaciones similares a las de la IAP de hoy (teoría/práctica, el uso social de la ciencia, el lenguaje y la pertinencia de la información), sus seguidores, un poco después de su muerte, redujeron la amplia trascendencia de las intuiciones de Lewin, atándolas a procesos en grupos pequeños, como en la administración de una fábrica, y a cuestiones clínicas, como las referidas a la rehabilitación de ex-combatientes. Ya en 1970, los implícitos dilemas experimentados por los seguidores de Lewin habían llegado a ser evidentes (Rapoport, 1970); pero eso no les impidió formar la actual vertiente llamada de Desarrollo-Organización (DO) para la investigación-acción, que se ha introducido en el trabajo comunitario, los sistemas educativos y el cambio de orga-

nizaciones. En los primeros años del decenio de 1980 se hicieron esfuerzos para usar lo que se quiso considerarse como un método de «investigación-acción participativa», y así lo designaron algunos. No obstante, hace muy poco se nos informó que el DO es unidimensional, que no alcanza a promover ningún conocimiento significativo de la sociedad, y que refuerza y perfecciona el «status quo» convencional (Cooperrider y Srivasta, 1987).

Los nuevos críticos del DO aconsejan dos maneras de evitar esos fracasos: 1) desarrollar una «meta-teoría socio-racionalista» que incluya valores éticos y una «visión del bien»; 2) practicar un «modo de indagación valorativa» como «manera de convivir con las diversas formas de organización social que necesitamos estudiar, y también participar directamente en ellas». Es fácil percibir que la escuela de DO, acaso como resultado de una comunicación intelectual osmótica, se ha acercado a la IAP a la cual se la llama allí con el nuevo apodo de «indagación valorativa», en tanto que a la praxiología se la bautiza como «socio-racionalismo». Quizás les fuera más fácil aclarar sus posturas teóricas si los aportes a la IAP hechos en el Tercer Mundo y otras partes fuesen tenidas seriamente en cuenta por los miembros del DO y también por los sociólogos rurales, de manera que los paradigmas buscados por ellos pudieran al fin ser construidos.

En cuanto a nosotros, los de la IAP, si bien a veces hemos tenido la tentación de creer que hemos estado desarrollando un paradigma alternativo en las ciencias sociales, nuestra actitud ahora es más cautelosa. Si aplicamos literalmente los principios de Thomas Kuhn, no querríamos convertirnos en cancerberos autodesignados por el nuevo conocimiento para dirimir cuáles elementos son científicos y cuáles no. Hacer el mismo juego de los colegas del rutinario ámbito universitario —el juego de superioridad intelectual y control técnico del cual nosotros desconfiamos— sería una victoria pírrica para

nosotros. Acaso, según lo antes explicado y de acuerdo con Foucault, debiéramos contentarnos con sistematizaciones conceptuales sucesivas más modestas de «conocimientos subyugados» como una tarea perpetua, la cual resulta más estimulante y más creadora.

EL SIGNIFICADO ACTUAL DE LA IAP

¿Se necesita la IAP hoy en nuestras sociedades tanto como se necesitaba, a nuestro juicio, hace veinte años? Dentro de las limitaciones de todo proceso natural y de los movimientos sociales que pasan por el ciclo normal de nacimiento, madurez y muerte, la respuesta es positiva siempre que se comprenda que la IAP es un medio para llegar a formas más satisfactorias de sociedad y de acción emprendidas para transformar las realidades con que empezamos el ciclo. Pero debemos mirar más allá de la IAP, porque la actual etapa de cooptación-convergencia tiene necesariamente que llevarnos, como un puente, a otra cosa distinta; a algo que, siendo cualitativamente diferente, resulte todavía útil y significativo para la realización de los propósitos de la IAP. Para verlo, tenemos que activar el desarrollo de la crisálida para que salga del actual capullo.

Aceptada esta condición evolutiva, se puede decir que, a favor de una utilización continuada de la IAP, hay más argumentos hoy de los que existían en 1970. Como una vez lo escribió Walter Benjamin: subsiste el deseo de que en este planeta experimentemos algún día una civilización que haya abandonado la sangre y el horror. Creemos que la IAP, como procedimiento heurístico de investigación y como modo altruista de vivir, puede continuar y alentar ese deseo.

Es evidente que, en general, el mundo atraviesa aún la misma era de confusión y conflicto en que nació la IAP. Varios países caracterizados por la opresión clasista mantienen condiciones en las que grandes sectores de la población siguen priva-

dos de los bienes de producción, de manera que al pueblo se le ha convertido en sujeto dependiente. Eso ocasiona sufrimientos materiales, siembra la indignidad humana, produce pérdida de poder para afirmar el propio modo de pensar y sentir de los pueblos; en otras palabras, causa una grave pérdida de autodeterminación. Se produce, en efecto, una denegación de la democracia política, la que, cuando mucho, queda reducida a votaciones periódicas para escoger de entre los privilegiados unos individuos que manden sobre los demás y en esta forma perpetuar la opresión clasista. Es esto lo que sucede en la mayoría de los países denominados «democráticos» y «desarrollados».

PERSISTENCIA DEL ENFOQUE DE LA MP

La IAP hasta ahora nos ha permitido estudiar esta trágica situación, reconociendo la incidencia de las relaciones que se forman entre conocimientos diversos. Esto supera el ritual de los análisis que se hacen rutinariamente sobre la producción material, y nos ayuda a justificar la persistencia cíclica de nuestro enfoque. Como se sostuvo en páginas anteriores, podemos comprender que, a fin de dominar al pueblo y hacerlo dependiente y sumiso en espera de liderazgo e iniciativa (sea para el llamado desarrollo), sea para el cambio social), el arma decisiva en manos de las élites ha sido la supuesta autoridad de los conocimientos formales sobre el conocimiento popular. Lo formal ha sido propiedad exclusiva de esas élites.

Por tanto, las relaciones desiguales de producción de conocimiento vienen a ser un factor crítico que perpetúa la dominación de una élite o clase sobre los pueblos. Esas relaciones desiguales producen nuevas formas de dominación si las antiguas no se eliminan con cuidado y previsión. Creemos y afirmamos que la IAP puede seguir siendo, durante un buen tiempo, un movimiento mundial dirigido y destinado a cambiar esta situación, al estimular el cono-

cimiento popular, entendido como sabiduría y conocimientos propios, o como algo que ha de ser adquirido por la autoinvestigación del pueblo. Todo ello con el fin de que sirva de base principal de una acción popular para el cambio social y para un progreso genuino en el secular empeño de hacer efectivas la igualdad y la democracia.

Hemos esperado que, como parte de este empeño, la IAP se proyecte «más allá del desarrollo» y más allá de sí misma hacia una humanística reorientación de la tecnología cartesiana y de la racionalidad instrumental. Hemos tratado de hacerlo dando más importancia a la escala humana y a lo cualitativo y desmitificando la investigación y su jerga técnica (cf. Feyerabend, 1987). Asimismo, hemos trabajado para que simultáneamente la sabiduría popular y el sentido común se enriquezcan y se defiendan para el necesario progreso de las clases trabajadoras explotadas dentro de un tipo de sociedad más justa, más productiva y más democrática (cf. Boudon, 1988). El empeño nuestro ha sido tratar de combinar esos dos tipos de conocimientos, con el fin de que se inventen o se adopten técnicas apropiadas sin destruir las raíces culturales particulares.

Es ésta una tarea esencial que nos atañe a nosotros y a muchos más, una tarea, en la que el mejor y más constructivo conocimiento académico se pueda subsumir con una pertinente y congruente ciencia popular y tradicional. Los activistas de la IAP hemos venido construyendo «puentes para el reencantamiento» entre las dos tradiciones. Parece importante perseverar en esta tarea, a fin de producir una ciencia que en verdad libere un conocimiento para la vida.

ESTADO Y PODER POPULAR

Por otra parte, queda el asunto de la índole problemática del poder estatal hoy con sus inclinaciones y expresiones violentas. Nos hemos acostumbrado a ver el centralizado Estado-Nación como algo dado y natural, como un fetiche. En realidad, se ha gastado mucha energía



para construir tales máquinas y estructuras de poder durante varias generaciones, desde el siglo XVI, con los resultados poco satisfactorios antes expuestos. Hoy los practicantes de la IAP, así como las personas provenientes de otras vertientes, nos estamos dando cuenta de la necesidad de refrenar ese violento poder estatal y dar otra oportunidad a la sociedad civil, la oportunidad de recargar sus baterías y de articular y poner en acción su difusa potencia. Es éste el poder del pueblo; se trata de un esfuerzo que se extiende de abajo hacia arriba y de las periferias a los centros, un empeño en dejar de alimentar de manera incondicional el poder derivado del Príncipe. (Téngase en cuenta lo que con dramáticos resultados ocurrió hace poco en México, en Haití y en Filipinas.) De ahí la tendencia actual a la autonomía, la independencia, la descentralización, el movimiento insurgente de las regiones y provincias, así como la reorganización de obsoletas estructuras nacionales emprendida por muchos grupos de base y por recientes movimientos culturales, étnicos, sociales y políticos y, en diferentes partes, también por las OSCs, muchas de las cuales han tenido alguna relación con la IAP o han sido estimuladas por ella.

Gran parte de nuestro mundo contemporáneo (especialmente en Occidente) se ha construido sobre una base de odio, codicia, intolerancia, patriotismo, dogmatismo, autismo y conflicto. La filosofía de la IAP estimula lo dialécticamente opuesto a esas actitudes. Si el binomio sujeto/ objeto ha de ser resuelto con una dialógica horizontal, como lo exige la IAP, este proceso tendrá que afir-

mar la importancia de «el otro» y tornarnos heterólogos a todos. Respetar diferencias, escuchar voces distintas, reconocer el derecho de nuestros prójimos para vivir y dejar vivir o, como diría Michael Bakhtin, sentir lo «exotópico»: todo esto bien puede llegar a ser un rasgo estratégico de nuestra época. Cuando nos descubrimos en las otras personas, afirmamos nuestra propia personalidad, nuestra propia cultura y nos armonizamos con un cosmos vivificado.

Parece que estos ideales pluralistas, destructores/constructores a lo ying y yang, van relacionados con profundos sentimientos de las masas populares en pro de la seguridad y la paz con justicia, en defensa de múltiples y valoradas maneras de vivir y a favor de una resistencia global contra la homogeneización. Se nutren con un regreso a la naturaleza en su diversidad y se fortalecen como una reacción de supervivencia ante los tipos y actos de dominación (casi siempre de temple machista) que tienen a este mundo medio destruido, culturalmente menos rico y amenazado por fuerzas mortíferas.

Si la IAP facilita esta tarea, de manera que ganemos una libertad sin furias y logremos una ilustración con transparencia, es posible justificar la permanencia plena de sus postulados. Será su función la de producir un enlace, en la práctica y en la teoría, con subsecuentes etapas evolutivas de la humanidad. Aquel viejo compromiso con la vida, sigue latente.

NOTAS

1. IAP, la sigla de «Investigación-Acción Participativa», se usa en América Latina. PAR, o sea, Participatory Action-Research, se ha adoptado no sólo en los países de habla inglesa, sino también en el norte y centro de Europa; pesquisa participante en Brasil; ricerca partecipativa, enquete-participation, recherche-action, Aktionsforschung en otras partes del mundo. En nuestra opinión, no hay en estas denominaciones diferencias significativas; no las hay especialmente entre IAP e IP (Investigación Participativa). Pero es preferible, como en la IAP, especificar el componente de la acción, puesto que deseamos hacer comprender que «se trata de una investigación-acción que es participativa y una inves-

tigación que se funde con la acción (para transformar la realidad)» (Rahman, 1985: 108). De ahí también nuestras diferencias con la vieja línea de procedimiento de la investigación-acción propuesta por Kurt Lewin en Estados Unidos con otros propósitos y valores, movimiento que, según parece, ha llegado a un punto muerto intelectual. Así mismo, señalamos nuestras divergencias de la limitada «intervención sociológica» de Alain Touraine y de la «antropología de la acción» de Sol Tax y otros, escuelas que no pasan de la técnica del muy objetivo y algo distanciado observador-participante.

Vivencia es un neologismo español introducido por el filósofo José Ortega y Gasset, al adoptar la palabra «*Erlebnis*» de la literatura existencialista alemana, en la primera mitad del siglo XX. En inglés, «*life-experience*» es una forma común pero aproximativa; en realidad, el concepto abarca un sentido más amplio, pues, según éste, una persona no llega a la realización de su ser en las actividades de su interior, en su yo, sino que la encuentra en la osmótica «condición de ser otro» que es de la naturaleza y en toda la extensión de la sociedad, así como en el proceso de aprender con el corazón además de con el cerebro.

2. Parece que está más de acuerdo con los hechos emplear esta sigla positiva que la corriente designación de ONG («Organización No Gubernamental»), puesto que, por lo general, los gobiernos y las instituciones oficiales no son los referentes de tales entidades. Otra posibilidad en ascenso es: Instituciones Democráticas de Apoyo Popular (IDAP).

3. Puede ser útil recordar las dificultades iniciales de René Descartes en la Universidad de Leiden cuando propuso su método, habiéndolo escrito no en latín, sino en francés como un desafío a la rígida tradición académica, al punto de tener que abandonar su puesto por ser acusado de anabaptista. Lo que los victorianos cartesianos hicieron después con ese método es otro asunto, aunque nos interesa igualmente.

BIBLIOGRAFÍA

Bonfil Batalla, Guillermo (1981). *Utopía y revolución: el pensamiento político contemporáneo de los indios en América Latina*. México: Nueva Imagen.

Colombres, Adolfo (1982). *La hora del 'bárbaro': bases para una antropología social de apoyo*. México: Premia editores.

Cooperrider, David L. and Srivastva (1987). «Appreciative Inquiry in Organizational Life». En: *Research in Organizational Change and Development*, I, pp. 129-169.

De Silva, G. V. S., Niranjana Mehta; Md. Anisur Rahman, y Ponna Wignaraja (1979). «Bhoomi Sena: A struggle for People's Power». En: *Development Dialogue* (Uppsala), II, pp. 8-70.

Escobar, Arturo (1987). *The Invention of Development*. University of California, Santa Cruz, Ph. D. Thesis.

Fals-Borda, Orlando (1987). «The Application of Participatory Action-Research in Latin America». En: *International Sociology*, II, 4 (December), pp. 329-347.

_____ (1986). *Conocimiento y poder popular. Lecciones con campesinos de Nicaragua, Colombia y México*. Bogotá. Siglo XXI, editores.

Knowledge and People's Power: Lesson with Peasant of Nicaragua, México, Colombia. New Delhi: Indian Social Institute.

Fear, Franck A., and Harry K. Schwarzweiler (1985). *Research in Rural Sociology and Development, II-Focus on Community*. London: JAI Press.

Feyerabend, Paul (1987). *Farewell to Reason*. London: Verso.

Hall, Budd L. (1978). *Creating Knowledge: Breaking the Monopoly Research Methods, Participation and Development*. Toronto: International Council for Adult Education.

Hernández, Isabel (1987). *La investigación participativa y la antropología social de apoyo: dos paradigmas emergentes en América Latina*. Buenos Aires, MS.

Hirschmann, Albert O. (1984). *Getting Ahead Collectively: Grassroots Experiences in Latin America*. New York: Pergamon Press.

Littrell, Donald W. (1985). «An Introduction to Action Research in Community Development». En: Fear and Schwarzweiler, ob. cit., pp. 167-196.

Max-Neef, Manfred (1986). *Economía descalza*. Uppsala: Dag Hammarskjöld Foundation.

O'Connor, James (1967). *The Meaning of Crisis*. New York: Basil Blackwell.

Rahman, Md. Anisur (1985). «The theory and practice of participatory action research». En: O. Fals Borda (ed.), *The Challenge of Social Change*. London: SAGE Publications, pp. 107-132.

_____ (1987). «The theory and practice of participatory action research». En: William R. Shadish Jr. and Charles S. Reichart (eds.), *Evaluation Studies Review Annual*, Annual, XII, pp. 135-160.

Rapoport, Robert N. (1970). «Three Dilemmas in Action Research». En: *Human Relations*, XXIII, 6, pp. 499-513.

Stavehagen, Rodolfo (1988). *The Importance of Ethnodelvelopment*. Paper presented at the 10th World Congress of the Society for International Development, New Delhi.

* A. Rahman y O. Fals Borda, 1989, «La situación actual y las perspectivas de la IAP en el mundo», *Análisis Político*, núm. 5, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá. Traducido del inglés por Howard Rochester, este texto es la introducción al libro *Action and Knowledge: Breaking the Monopoly With Participatory Action Research* (eds. Rahman y Fals Borda) que examina la situación de la IAP en el mundo, en colaboración con autores de América Latina, África, Asia y Norteamérica. Publicado por Apex Press. Intermediate Technology Publications. Londres y Nueva York, 1991. Edición en castellano, *Acción y Conocimiento*. CINEP, Bogotá, 1991.

Tomado de *La investigación-acción participativa. Inicios y desarrollos*. Salazar, M. C. (ed.) Editorial Popular, Madrid, 1992.